

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El porvenir de España

He aquí el tema, ya casi obligado, de las conversaciones entre nuestros políticos más o menos improvisados, de estos meridionales deliciosos cuya ocupación favorita, en horas de holganza, es la de arreglar el mundo...

Se habla mucho del porvenir de España, y quizás atendiendo poco al presente; sin considerar que siempre lo presente es la base humana de lo venidero.

No debe preguntarse «qué será hoy de España» sin antes preguntar «¿qué es de ella?»

Se teme una revolución social. Mas yo pregunto: ¿qué falta para que la tal revolución se opere entre nosotros?

¿Qué respeto se tiene a la unidad de creencias católicas, primera y principal de las bases de nuestra tradición? ¿Qué no se escribe, qué no se predica, qué no se enseña hoy contra el orden sobrenatural, contra toda base religiosa, contra la dirección pontificia en materia de ortodoxia? ¿Qué pena se impone, de hecho, a la obra de disolución social?

El juego, la prostitución, la pornografía en cafés, cines, teatros, publicaciones y peñas; el favoritismo, las corruptelas, el lujo, el derroche... ¿no son otras tantas liagas que corroen, y contra las cuales no parece que se tenga ni de protestar siquiera?

Y todo este cúmulo de males, al que se debe el escéptico epicureísmo de las clases aristócratas—que no se cuidan, en su mayoría más que de atesorar para divertirse, sin que aparezcan a la altura intelectual y de carácter que de obligación les corresponde—el positivismo bastardo de las clases burguesas, y el profundo malestar de nuestras clases obreras ¿puede, acaso ser remediado por el liberalismo, que es el sistema hoy propuesto como el «non plus ultra» del progreso?

Del liberalismo ¿no proviene el fermento de toda corrupción? En este caso ¿qué falta para la revolución social que tanto se teme, y se espera?

Unos temen la revolución, por lo que tendría de violenta. Alguna mayor barrabasa podría acontecer en un momento de espasmo; pero, más profunda, y sólida por lo lenta, corrupción que la que hoy se va operando en todos los organismos sociales, creo que no.

Otros esperan la revolución, porque opinan que con ella ha de venir la reacción de las fuerzas sanas. Creo que los tales pecan de optimistas.

El día en que se implantara una república en España o mucho me equivoco, o la mayoría de los contentadizos de hoy que es una mayoría que aturde se pasarían bonitamente al nuevo régimen.

No es que yo crea en la proximidad de la república, no. Los capitostes republicanos están demasiado en sus glorias con una «oposición pour rire» que

les libra de la mar de compromisos ante la plebe engañada, y les permite medrar al con ortante calor de un gobierno liberal con el cual son la mar de amigos.

No; no les corre prisa la república a nuestros republicanos.

La cuestión de fondo— el libre pensamiento y el libre holgar—que es lo que les interesa, lo tienen ya casi resuelto. Quién más quien menos tiene su pingüe empleo, y con él toda la serie de golosinas con que brinda hoy al hombre moderno, el moderno progreso, Y es lo que debía demostrarse.

Mas precisamente porque la convivencia de liberales o libertinos, monárquicos y republicanos, es tan sencilla por coincidir unos y otros en el mismo concepto de la vida y en el mismo disfrute de gangas; de la misma manera que hoy se avienen con la monarquía los republicanos (hablo de los gordos, de los que dirigen la opinión y la «acción» de las masas), así mañana se avendrían con la república los ex-monárquicos.

Hay que acabar con el optimismo, porque la realidad no lo consiente.

La generación presente es una generación sin fe.

Los que pueden y deben encauzarla por los derroteros de la vida, tienen lo que buscaban.

¿Monarquía? ¿República? Cualquiera cosa ya bien... mandando o comiendo.

¿Revolución violenta? No: es preferible la mansa, que conduce al mismo sitio sin peligros de quiebra ni disgustos.

Este es el presente: ¿a qué temer por el porvenir? ¿Puede ser casi peor?

PLINTO.

Estudios Sociales

FILOSOFÍA MODERNISTA

Nunca la religión hizo fanáticos.

La ambición, el odio y la venganza han sido los fundadores del fanatismo.

¿Parece pequeño fanatismo el de los filósofos modernistas? ¿Por qué tienen tanta idea en ganar prosélitos, tanto ardor en defender su sistema y tanta bafa para el que no lo adopta? Los modernistas filósofos, con vista al ateísmo, dudan de todo, y lo que debieran hacer, es pensar que su sistema no conduce a nada, sino es a sembrar un profundo y doloroso excepticismo.

Titúlense ellos, los pacifistas, cuando son revolucionarios, porque se parecen mucho, a una reciente república, en la que todos quieren gobernar, y ninguno sabe presidir... ¿Por qué perturbarán estos modernistas a todo el Orbe, haciendo dudar al hombre de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de los premios en la otra vida?

Sólo por la paz, ya que no por convencimiento, debieran abstenerse los modernistas, de perturbar las cabezas ajenas.

Los filósofos modernistas dicen: «Te-

nemos que hablar, que escribir, y que derramar nuestras doctrinas por el mundo entero, y que transmitir las a todas las generaciones».

Observad pueblos cristianos, cómo la religión católica, tiene espinas para el pobre y rosas para el rico; ¡basta ya de catolicismo!

¿Has visto tú, lector cristiano, que la religión católica, corrompa ninguna costumbre?

Pues a pesar de todo, profieren esta misma versión, los modernistas que se quejan, de que la rígida y sana moral católica, por ser muy ruda y pesada, y purificadora, es demasiado inadaptable, a las humanas flaquezas.

Algunos ilusos, creen en los modernistas, porque no saben que puede aplicárseles el adagio de «encender una vela a San Miguel y otra al diablo», y que si por un lado, escriben, hablan y grita contra la religión, son los mismos que luego quieren aplicarse el catolicismo, con la misma flexibilidad que un molde de cera al fuego, en todas sus necesidades, sin que les importe las risas de los unos y las commiseraciones de los otros....

SLEYES

EL VIATICO

Es de día,
muy de día

En las bóvedas del cielo
brilla el Sol con alegría,
derramando en su carrera
vida, luz, oro y calor.
Del erguido campanario
vienen ecos armoniosos,
y preludian las campanas
con acordes melódicos
la salida del Sagrario
del Amante Salvador.

Lentamente,
suavemente,

atravesan por las calles
largas filas de creyentes
con antorchas encendidas
escuchando a un Dios de amor.
Y al pasar la comitiva,
doblan todos las rodillas,
y murmuran oraciones
fervorosas y sencillas
que se elevan compasivas
hasta el trono del Señor.

Van cruzando,
van pasando,

grupos de hombres y mujeres
que en silencio van rezando...
En sus rostros abatidos
se dibuja la emoción...
Una esquila plañidera
lanza al aire sus acentos,
argentinos, doloridos,
como místicos lamentos;
y a su queja lastimera
se conmueve el corazón.

«¡Sí, perdono!...
¡Sí, perdono!...»

dice el pueblo arrodillado
con sentido y triste tono,
cuando invita el Sacerdote
al enfermo a perdonar...
Un silencio misterioso
reina dentro de la casa...
el silencio de la Muerte,
cuando cruza, cuando pasa,
con andar vertiginoso,

sin descanso, sin parar...

Lentamente
tristemente,

van cruzando por las calles
largas filas de creyentes
con los rostros demudados
por el llanto y el dolor...
Del erguido campanario
vienen ecos plañideros
y pregonan las campanas
con acentos lastimeros
el retorno a su Sagrario
del Divino Salvador.

EUGENIO YÉBENES GAROZ

El ángel de paz

Ocho años de sufrimientos ocasionados por los desórdenes de Telesforo, aristócrata perteneciente a la clase de los que no nacieron para serlo, habían acrisolado el alma de María, su mujer, compadecida por todas las personas del barrio como digna de mejor suerte. Horas enteras pasaba en la iglesia suplicando a Jesús y a su divina Madre el remedio de su triste situación, trayendo al buen camino a su desdichado esposo.

Por su parte, Conchita, fruto único de aquel matrimonio, y el único lazo de unión, si alguna existía, entre los dos consortes, rogaba también incesantemente al Señor por la salvación de su padre, cuyo alejamiento total de las prácticas religiosas llenaba su corazón de tristeza. Tantas oraciones y suplicas no podían dejar de ser escuchadas por aquel Dios que dijo que el ruego del alma inocente y humilde penetra hasta su divino trono. Ved el modo cómo se valió para llevar la felicidad a esta angustiada familia.

Había llegado el mes de mayo, el poético y encantador mes que el pueblo fiel ha dedicado a María. El cuarto domingo de este mes se guardaba en aquel lugar la laudable costumbre de que un coro de niñas elegantemente vestidas ofreciese a la Virgen hermosos ramilletes de flores, mereciendo la preferencia, entre todas, las que entonces hicieran la primera comunión. Este año escogió el párroco para aquel acto conmovedor a Conchita, la graciosa hija de Telesforo, y a quien su madre había preparado durante varios meses para recibir por primera vez el Pan de los ángeles.

Adornada Conchita con su elegante vestido, blanco como la nieve y dispuesta a salir para la iglesia, se acercó a su madre y le dijo:

—Mamá, quiero antes que papá me bendiga.

Y al punto se encaminó hacia el cuarto en que éste se hallaba.

—¿Qué se ofrece?—dijo al oír pasos Telesforo, entretenido a la sazón con una de sus novelas favoritas.

—Soy yo—respondió una voz dulce como la del ruiseñor.

Y postrándose Conchita a los pies de su padre le dijo con inefable ternura:

—Papá, vengo a que me des tu ben-